

GONZALO GARCÍA PELAYO  
Productor homenajeado en París

## «He pasado de un cine infumable a uno inclasificable»

JUAN MANUEL BELLVER / París  
Corresponsal

El museo parisino del Jeu de Paume rinde homenaje, hasta el 6 de abril, al español Gonzalo García Pelayo (Madrid, 1947), con un ciclo titulado *VIV(R)E LA VIE! Symphonie underground* en el que se proyectarán películas de culto como *Manuela* (1976), *Vivir en Sevilla* (1978) o *Frente al mar* (1978) que son, para la programadora de la muestra Marina Vinyes Albes, «el eslabón perdido entre Buñuel y Almodóvar».

Decepcionado con la industria del cine patrio y retirado de la dirección desde 1982, García Pelayo fue reivindicado recientemente en la *Viennale* austriaca, con un ciclo similar a éste, para el cual decidió rodar un nuevo largometraje, *Alegrías de Cádiz* (2013), en el que sigue fiel a sus escenarios andaluces, su temática iconoclasta y su estilo *low cost*. Para un hombre que ha ejercido durante lustros como insobornable productor musical (Smash, Lole y Manuel, Triana, María Jiménez) y se gana la vida desde hace dos décadas como jugador profesional, esta reivindicación de su vocación primigenia de cineasta le ha hecho «volver a tener ganas de hacer películas» y ya prepara dos rodajes inminentes para los que busca no tanto financiación como un productor ejecutivo que sepa difundir una obra tan peculiar como la suya.

**Pregunta.**— Según *Le Monde*, es usted el «ave fénix del cine español» y según *Libération*, «el primo ibero-punk de Godard»...

**Respuesta.**— No me lo acabo de creer. Después de 30 años de silencio, es muy raro pasar de la nada al Jeu de Paume. Me alegra y me produce cierto estupor.

**P.**— Esas películas que hizo en la transición, mezcla de *road movie*, destape y drama pasional en la España profunda, ¿dónde habían ido a parar?

**R.**— Afortunadamente estaban en los archivos de Enrique Cerezo y ahora han sido digitalizadas. En cuanto a mis archivos personales, un buen día que no me cabía ya nada más en casa, decidí llevarlo todo al trastero. Fue como enterrar una etapa de mi vida, porque ya pensaba que no iba a tener continuación. Ahora lo hemos recuperado, porque me lo piden incluso para estudios universitarios.

**P.**— Hombre multifacético, ¿cómo ha compatibilizado a lo largo de estos años actividades como el cine, la música, el juego...?

**R.**— Bastante bien. En 1975, el mismo año que hice *Manuela*, había producido cerca de 20 discos porque una compañía, Movieplay, me dio entonces libertad total para grabar lo que quisiera. Y casi toda aquella música la volqué en la película, porque había canciones que



ADRIEN CHEVROT

parecían hechas para determinadas escenas. Eso le ha dado siempre un toque personal a mi cine, en el que la música sirve de alguna forma para contar la historia, como si formara parte del guión.

### «En España una desmoralización completa, falta pensamiento, fe»

**P.**— Pero, en un momento dado, dejó los discos y el cine para apostar en los casinos. ¿Por qué?

**R.**— Por necesidad. El cine había quedado atrás y la música empezaba a cansarme. La Movida de los 80 echó para atrás muchos estilos como

el rock andaluz o la música progresiva catalana, que quedaron en un segundo plano. De lo profundo y lo poético se pasó a algo más frívolo. Yo de la Movida salvo poco, excepto la exaltación de los jóvenes, que todavía se percibe en Madrid. Así que me busqué otra forma de ganarme la vida y la encontré en el juego. Lo más curioso es que en mis trabajos artísticos siempre he puesto pasión y he funcionado un poco irreflexivamente, mientras que en las apuestas soy cerebral, analítico, no me dejo llevar.

**P.**— ¿Es verdad que sus rodajes tenían mucho de improvisación?

**R.**— Samuel Fuller decía que el cine es, sobre todo, emoción. Y yo pienso que no debe de ser demasiado cuadrado, aunque naturalmente escribo un guión. Pero no ensayo y, si algún actor se equivoca con el diálogo, incluso me gusta, no les corrijo los errores.

**P.**— *Manuela* tuvo 1,2 millones de espectadores en su día, pero la crítica no la apreció. Hoy, en cambio, se pirran por su cine y *Vivir en Sevilla* suma 240.000 visitas en YouTube.

**R.**— Entonces no entendieron mi intención de subvertir algunas reglas, me reprochaban los planos largos, el exceso de música, cosas que hoy gustan a determinada gente. Ahora tengo curiosidad por ver cómo reacciona el público europeo. En Viena dijeron que mis películas eran como un ovni, una definición que me gusta. He pasado de hacer un cine infumable a un cine inclasificable.

**P.**— ¿Cómo ve hoy el mundo de la cultura española?

**R.**— Desconcertado, como el resto de España. Hay una desmoralización completa, falta pensamiento, creencia, fe. Vamos a la deriva y confío en que la democracia vaya sanando estas heridas.



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO DE VILLENA

### Jean Améry, espléndido

Cuando Hans Mayer nació en Viena el 31 de octubre de 1912 todavía era súbdito del Imperio Austro-Húngaro. Ser hijo de judío y de católica, muy integrados en la cultura germánica, no tenía nada de particular... Pero el muchacho y joven va a vivir (como nosotros) un tiempo de cambios, de bajezas y de desastres. Por formación y por mentalidad filosófica, pertenece plenamente a ese mundo dorado de la *Mitteleuropa* hasta el nazismo. Sus obras —en España editadas casi exclusivamente por PreTextos— son libros de pensamiento, es-

critos con voluntad de estilo y de hondura. Cuando Hans Mayer huye de Viena acosado por los nazis, se va a Bruselas donde adopta el nombre francés que será en adelante el suyo, aunque escriba en alemán: Jean Améry. Yo (lo confieso) lo empecé a leer porque nació el mismo día que yo y porque me cautivó su hermoso libro sobre el suicidio *Levantar la mano sobre uno mismo*.

Améry quedó ligado a inquietantes libros de ética, muy bien escritos: *Más allá de la culpa y la expiación*, *Acerca del envejecer*. No puedo sino recomendarlos. Pero también tiene obra narrativa y una novela póstuma (pero juvenil) que acaba de aparecer: *Los naufragos*. La novela —escrita en 1934-35, quizá las peripecias de la época impidieron su publicación— narra con gran tono reflexivo y vivaz la historia de un joven austríaco, medio judío, Eugen Althager, de clara vocación intelectual, a quien el paro y las crisis políticas y sociales —que se vuelven personales— le van llevando a una paulatina degradación, que termina en la crá-

pula absurda de los bajos fondos, y en una muerte casi accidental (pero muy simbólica) en la que un estudiante bruto, nacionalista y ario, le mata en un duelo ilegal a espada, por una nonada...

Él y cuantos le rodean —las chicas que le quieren también— todos son, somos, naufragos en un mundo y una sociedad que se deshace. Una espléndida novela para ahora mismo.

### Améry quedó ligado a inquietantes libros de ética muy bien escritos

En una invadida Bélgica, Améry se alista en la resistencia contra los nazis, pero estos le atrapan y sólo de milagro salva su vida tras pasar (duramente) por Auschwitz y Buchenwald. Es el daño, la expiación y la revuelta que tanto tendrán que ver con

lo que, lúcidamente, empezó a escribir más tarde.

Nunca perdonó el nazismo, pero se hizo múltiples preguntas que todavía nos importan. No quiso tampoco regresar a Austria, fue siempre el belga Améry que escribía en alemán. Sólo retornó a Austria (a Salzburgo exactamente) para suicidarse allí con una sobredosis de somníferos, poco antes de su cumpleaños, en octubre de 1978.

No era un desesperado, sino un hombre que se creía viejo, cansado, dolido, sin entusiasmo ya para vivir en plenitud y juzgó, por todo ello, que la vida estaba cumplida. Su peculiar *extraterritorialidad* que diría Steiner (otro judío de la antigua saga cosmopolita) quizá no lo benefició en vida. Pero hoy —además de su notoria calidad literaria— nos lo vuelve alguien mucho más cercano. Con razón admiraba *La montaña mágica* de Mann. Enfermedad y genio. Daño y lucidez. Declive de un mundo y un tiempo. Améry es todo eso y *Los naufragos* parecemos todos nosotros.